

SEGUNDA PARTE

DE

LAZARILLO DE TORMES,

SACADA DE LAS CRÓNICAS ANTIGUAS DE TOLEDO,

POR H. DE LUNA,

INTÉRPRETE DE LA LENGUA ESPAÑOLA.

A LOS LECTORES.

La ocasion, amigo lector, de haber hecho imprimir la segunda parte de Lazarillo de Tormes, ha sido por haberme venido á las manos un librito que toca algo de su vida, sin rastro de verdad. La mayor parte dél se emplea en contar cómo Lázaro cayó en la mar, donde se convirtió en un pescado llamado atun, y vivió en ella muchos años, casándose con una atuna, de quien tuvo por hijos tres peces como el padre y la madre. Cuenta también las guerras que los atunes hacian, siendo Lázaro el capitán, y otros disparates tan ridiculos como mentirosos, y tan mal fundados como necios. Sin duda que el que lo compuso quiso contar un sueño necio ó una necedad soñada. Este libro, digo, ha sido el primer motivo que me ha movido á sacar á luz esta segunda parte, al pié de la letra, sin quitar ni añadir, como la ví escrita en unos cartapacios, en el archivo de la jacarandina de Toledo, que se conformaba con lo que habia oido contar cien veces á mi abuela y tias al fuego las noches de invierno, y con lo que me destetó mi ama; por mas señas, que disputaban muchas veces ella, y otras vecinas, cómo habia podido ser que Lázaro hubiese estado tanto tiempo dentro del agua (como se cuenta en esta segunda parte) sin ahogarse. Las unas decian en pro, las otras en contra; aquellas acotaban el mesmo Lázaro, que dice no le podia entrar el agua, por estar lleno y colmado de vino hasta la boca. Un buen viejo experimentado en nadar, para probar ser cosa hacedera, interpuso su autoridad, diciendo habia visto un hombre, que entrando á nadar en el Tajo, se zambulló y metió en unas cavernas, desde que el sol se puso hasta que salió, que con su resplandor pudo atinar el camino; y cuando todos sus parientes y amigos estaban hartos de llorarle, y buscar su cuerpo para darle sepultura, salió sano y salvo. La otra dificultad que en su vida hallaban era, el no haber ninguno conocido ser Lázaro hombre, y que todos los que le veian lo juzgasen por pez: á esto respondia un buen canónigo (que por ser muy viejo estaba todo el día al sol con las hilanderas de rueca) haber sido mas posible; ateniéndose á la opinion de muchos autores antiguos y modernos, entre los cuales son Plinio, Eliano, Aristóteles, Alberto Magno, los cuales certifican haber en la mar unos pescados, que á los machos llaman tritones y á las hembras neréidas, y á todos hombres marinos, los cuales de la cintura arriba tienen figura de hombres perfectos, y de allí abajo de peces; y yo digo, que aunque esta opinion no fuera defendida de autores calificados, bastaba, para escusa de la ignorancia española, la licencia que los pescadores tenían de los señores inquisidores; pues fuera un caso de inquisicion, si dudaran de una cosa que sus señorías habian consentido se mostrase por tal. A este propósito (aunque sea fuera del que trato ahora), contaré una cosa que sucedió á un labrador de mi tierra, y fué, que enviándole á llamar un inquisidor para pedirle le enviase de unas peras que le habian dicho tenia estremadas, no sabiendo el pobre villano lo que su señoría le queria, le dió tal pena que cayó enfermo, hasta que por medio de un amigo suyo supo lo que le queria; levantóse de la cama, fuése á su jardin, arrancó el árbol de raiz, y lo envió con la fruta, diciendo no queria tener en su casa ocasion de que le enviasen á llamar otra vez; tanto es lo que los temen, no solo los labradores y gente baja, mas los señores y grandes: todos tiemblan cuando oyen estos nombres, inquisidor é inquisicion, mas que las hojas del árbol con el blando céfiro. Esto es lo que he querido advertir al lector, para que pueda responder cuando en su presencia se verificasen tales cuestiones; y asimismo le advierto me tenga por coronista, y no por autor desta obra, con que podrá pasar una hora de tiempo; si le agradare, aguarde la tercera parte con la muerte y testamento de Lazarillo, que es lo mejor de todo; y si no, reciba la buena voluntad. Vale.

LAZARILLO DE TORMES.

SEGUNDA PARTE.

CAPITULO PRIMERO.

Donde Lázaro cuenta la partida de Toledo para ir á la guerra de Arjel.

Quien bien tiene y mal escoge, por mal que le venga no se enoje. Digolo á propósito, que no pude ni supe conservarme en la buena vida que la fortuna me habia ofrecido, siendo en mi la mudanza como accidente inseparable que me acompañaba, tanto en la buena y abundante, como en la mala y desastrada vida. Estando pues gozando el mejor tiempo que patriarca gozó, comiendo como fraile convidado, y bebiendo mas que un saludador, mejor vestido que un teatino, y con dos docenas de reales en la bolsa, mas ciertos que revendedora de Madrid, mi casa llena como colmena, con una hija injerta á canutillo, y con un oficio que me lo podia envidiar el echa-perros de la iglesia de Toledo, llegó la fama de la armada de Arjel, nueva que me inquietó é hizo que como buen hijo determinase seguir las pisadas y huellas de mi buen padre Tomé Gonzalez (que buen siglo haya), con deseo de dejar en los venideros siglos ejemplo y dechado, no de guiar á un astuto ciego, ratar el pan del avariento clérigo, servir al pelon escudero, y finalmente gritar las faltas ajenas; mas el ejemplo y dechado fué de dar vista á los moros ciegos en sus errores, de abrir y romper los atrevidos y corsarios bajeles, de servir á mi valeroso capitán de la orden de San Juan, con quien asenté por repostero, capitulando que todo lo que ganase seria para mí (como lo fué); finalmente, quise dejar ejemplo de gritar y animar, llamando á Santiago y cierra España.

Despedime de mi amada consorte y cara hija; esta me rogó no me olvidase de traerla un morico, y la otra que me acordase de enviarle con el primer mensajero una esclava que la sirviese, y algunos cequíes berberiscos con que se consolase de mi ausencia. Pedí licencia al arcipreste mi señor, á quien encargué el cuidado y regalo de mi mujer é hija, prometiéndome haria con ellas como si fueran propias suyas. Partí de Toledo alegre, ufano y contento, como suelen los que van á la guerra, colmado de buenas esperanzas, acompañado de grande cantidad de amigos y vecinos que iban al mismo viaje llevados del deseo de mejorar su fortuna. Llegamos á Murcia con intencion de irnos á embarcar á Cartagena, donde me sucedió lo que no quisiera, por conocer que la fortuna, que me habia puesto en lo mas alto de su rueda voltaría y subido á la cumbre de la bienaventuranza terrestre con su curso veloz, comenzaba á despeñarme á lo mas infimo.

Fué pues el caso, que llegando á la posada vi un semihombre, que mas parecia cabron segun las vedijas é hilachas de sus vestidos: tenia un sombrero encasquetado, de manera que no se le podia ver la cara; la mano puesta en la mejilla, y la pierna sobre la espada que en una media vaina de cimójes traia; el sombrero á lo picaresco, sin coronilla, para evaporar el humo de la cabeza; la ropilla era á la francesa, tan acuchillada de rota, que no habia en donde poder atar una blanca de cominos; la camisa era de carne, la cual se veia por la celosia de sus vesti-

dos, las calzas al equivalente; las medias, una colorada y la otra verde, que no le pasaban de los tobillos; los zapatos eran á lo descalzo, tan traídos como llevados: en una pluma que cosida en el sombrero llevaba, sospeché ser soldado. Con esta imaginacion le pregunté de dónde era, y adónde bueno caminaba; alzó los ojos para ver quién era el que se lo preguntaba, conocióme, y yo á él: era el escudero que en Toledo serví; quedé admirado de verle en tal traje.

Conocida mi admiracion, dijo: «no me espantaria, Lázaro amigo, te maravillase verme como me ves; pero presto no lo estarás si te cuento lo que por mí ha pasado desde el dia que yo te dejé en Toledo hasta hoy. Tornando á casa con el trueque del doblón para pagar á mis acreedores, encontré con una arrebozada que, tirándome del herrero, con lágrimas y suspiros mezclados con sollozos, me pidió con encarecimiento la favoreciese en una necesidad que se le ofrecia; rogúele me diese cuenta de su pena, que mas tardaria en dármele que yo en darle remedio; ella sin dejar el llanto, con una vergüenza virginal dijo, que la merced que le habia de hacer, y ellame suplicaba le hiciese, era la acompañase hasta Madrid, en donde le habian dicho estaba un caballero, que no se habia contentado con deshonrarla, sino que además le habia llevado todas sus joyas, sin tener respeto á la palabra de esposo que le habia dado, y que si yo queria hacer por ella esto, ella haria por mí lo que una mujer obligada debia. Consoléla lo mejor que pude dándole esperanzas, que si su enemigo estaba en el mundo se tuviese por desagraciada. En conclusion, sin tornar el pié atrás, partimos á la corte, hasta donde la hice la costa. La señora, que sabia bien adónde iba, me llevó á una bandera de soldados, donde la recibieron con alegría y la llevaron delante del capitán, para que la pusiese en la lista de las cicatriceras, y tornándose á mí con una cara de poca vergüenza dijo: «adios, seor peligordo, pues esta no es para mas.» Viéndome burlado, comencé á echar espumajos por la boca, diciéndole, que si como era mujer fuera hombre, la sacaría el alma de cuajo. Un soldadillo de los que allí estaban se llegó á mí y me hizo una mamona, no osando darme un bofetón, que si me lo hubiera dado, allí podian abrir la sepultura; como vi aquel negocio mal encaminado, sin decir chus ni mus, me fui mas que de paso, por ver si me seguiria algun soldado de talle para matarme con él; porque si me pusiera con aquel soldadito, y le matara (como sin duda hiciera), ¿qué honra ó qué fama ganaria? Mas si hubiera salido el capitán ó algun valentón, les hubiera dado mas cuchilladas que arenas hay en el mar. Como vi que ninguno osaba seguirme, fuime muy contento. Busqué una comodidad, y por no haberla hallado tal cual merecia, estoy como ves: verdad es que he podido ser repostero, ó escudero de cinco ó seis remendonas, oficios que aunque muriese de hambre no los tomara.»

Concluyó el bueno de mi amo con decir que por no haber hallado unos mercaderes de su tierra, que le prestasen dineros, estaba sin ellos, y no sabia adónde ir aquella

noche. Yo que le entendi la leva, le convidé con la mitad de mi cama y cena; admitió el convite; cuando nos quisimos acostar le dije, quitase los vestidos de encima del lecho, que era pequeño para tanta gente. A la mañana quise levantarme sin hacer ruido, eché mano á mis vestidos, y fué en vago, porque el traidor me los habia hurtado é ídose con ellos; pensé quedarme muerto en la cama de pura pena, y me hubiera sido mejor por evitar tantas muertes como después recibí; di voces apellidando, al ladrón, al ladrón; subieron los de casa, y hallaronme como el nadador, buscando con que cubrirme por los rincones del aposento: se reian todos como locos, y yo renegaba como carretero; daba al diablo al ladrón fanfarrón que me habia tenido la mitad de la noche contando grandezas de su persona y linaje.

El remedio que por entonces tomé (porque ninguno me lo daba) fué ver si los vestidos de aquel mata-siete me podian servir, hasta que Dios me deparase otros; pero era un laberinto; ni tenian principio, ni fin: entre las calzas y sayo no habia diferencia; puse las piernas en las mangas, y las calzas por ropilla, sin olvidar las medias que parecian mangas de escribano: las sandalias me podian servir de cormas, porque no tenian suelas; encasquetéme el sombrero poniendo lo de arriba abajo, por estar menos mugriento; de la gente de á pié y de á caballo que iban sobre mí no hablo. Con esta figurilla fui á ver á mi amo, que me habia enviado á llamar, el cual espantado de ver aquella madagaña, le dió tal risa, que las cinchas traseras se aflojaron, é hizo flux: por su honra es muy justo se pase en silencio. Después de haber hecho mil paradedas, me preguntó la causa de mi disfraz; contésele, y lo que dello resultó fué, que en lugar de tener lástima de mí, me reprendió y echó de su casa, diciendo: que como aquella vez habia acogido aquel hombre en mi cama, otro dia haria lo mismo con alguno que le robase.

CAPITULO II.

Como Lázaro se embarcó en Cartagena.

De cosecha tenia el no durar mucho con mis amos: así lo hice con este, aunque sin culpa mia; víme desesperado, solo y afligido, en traje que todos me daban de codo y se burlaban; unos me decian: no está malo el sombrerillo con puerta falsa, parece tocado de flamenca; otros: la ropilla es al uso, parece pocilga de puercos, pues demás que vuestra merced está dentro, le corren tan gordos que los podria matar y enviar salados á la señora su mujer. Dijome un mochiller: «seor Lázaro, por Dios, que las medias le hacen buena pantorrilla.—Las sandalias son á lo apostólico, replicó un barrachel; es que el señor va á predicar á los moros». Tanto me decian y corrian, que estuve determinado á tornarme á mi casa; no lo hice por pensar que la guerra seria muy pobre si en ella no se ganaba mas de lo perdido: lo que mas sentia era que huian de mí como de un apestado.

Embarcámonos en Cartagena: la nave era grande y bien abastecida; izaron las velas y diéronlas al viento, que la llevaba é impelia con grande velocidad. La tierra se nos escondió, y el mar se embraveció con un viento contrario, que levantaba las velas hasta las nubes; la borrasca crecia, y la esperanza faltaba; los marineros y pilotos nos desahuciaron; los gemidos y llantos eran tan grandes, que me pareció estábamos en sermón de pasión; con la grande batahola no se entendia nada de lo que se mandaba; unos corrian á una parte, otros á otra; pareciamos caldereros; todos se confesaban con quien podian, y tal hubo que se confesó con una piltrafa, y ella le dió la absolucion tan bien como si hubiera cien años que ejercitara el oficio. A río revuelto ganancia de pescadores; como vi que todos estaban ocupados, dije entre mí: muera Marta y muera harta. Bajé á lo hondo de la nave donde hallé abundancia de pan, vino, empanadas, con-

servas, que nadie les decia: ¿qué haceis ahí? Comencé á comer de todo y á henchir mi estómago por hacer provisión hasta el dia del juicio. Llegóse á mí un soldado pidiéndome le confesase, y espantado de verme con tan buen aliento y apetito, preguntóme cómo podia comer viendo la muerte al ojo; díjele lo hacia por miedo de que el agua de la mar que habia de beber cuando me ahogase no me hiciese mal: mi simplicidad le hizo sacar la risa de los carcañales. A muchos confesé que no decian palabra con la agonía, ni yo la escuchaba con la prisa de tragarse. Los capitanes y gente de consideracion con dos clérigos que habia se salvaron en el esquife; yo estaba mal vestido, y así no cupe dentro. Cuando estuve harto de comer fuime á una pipa de buen vino y tras mudé en mi estómago todo lo que cupo: olvidéme de la tormenta y aun de mí mismo.

La nave dió al través, y el agua entraba por ella como por su casa; un cabo de escuadra me asió de las manos, y con la agonía de la muerte me dijo le escuchase un pecado que me queria confesar, y era que no habia cumplido una penitencia que le habian dado de ir en romería á Nuestra Señora de Loreto, habiendo tenido mucha comodidad para ello, y que entonces que queria no podia; y yo le dije, que con la autoridad que tenia se la conmutaba, y que en lugar de ir á Nuestra Señora de Loreto fuese á Santiago. «Ay, señor! dijo él, cuánto quisiera yo cumplir esa penitencia, mas el agua empieza á entrarme por la boca, y no puedo. Si así es, le repeti, os doy por penitencia que bebais toda la de la mar;» mas no la cumplió, que muchos hubo allí que bebieron tanta como él. Llegando á mi boca le dije, á otra puerta, que esta no se abre, y aunque la abriera no pudiera entrar, porque mi cuerpo estaba tan lleno de vino que parecia cuero atibado.

Al estallido de la nave acudió gran cantidad de pescados: parecia les habian dado socorro con los del navio; comian de las carnes de los miserables ahogados (y no en poca agua), como si pacieran en prado concejil. Quisieron hacer ejecución en mi persona; puse mano á mi tizona, y sin detenerme en pláticas con tan ruin gente, daba en ellos como asno en centeno verde. Silbando me decian: no queremos hacerte mal, salvo saber si tienes buen gusto. Tanto hice, que en menos de medio cuarto de hora maté mas de quinientos atunes, que eran los que querian hacer *gaudeamus* con estas carnes pecadoras. Los pescados vivos se cebaron en los muertos, y dejaron la compañía de Lázaro que no les era provechosa. Víme señor en la mar sin contradiccion ninguna. Discurrí de unas á otras partes, donde ví cosas increíbles: infinidad de osamenta y cuerpos de hombres; hallé cantidad de cofres llenos de joyas y dineros, muchedumbre de armas, sedas, lienzos y especeria. Todo me daba envidia, y todo lástima por no tenerlo en mi casa; con que, como decia el vizcaino, comiera el pan empringado con sardinas. Hice todo lo que pude, y no hice nada. Abri una gran arca, é henchila de doblones y joyas preciosísimas; tomé algunas sogas de muchas que allí habia, con que la até, y añadiendo unas á otras, hice una tan larga, que me pareció bastante para llegar á la superficie del agua. Si puedo sacar estas riquezas de aqui (decia entre mí), no habrá bodegonero en el mundo mas regalado que yo: haré casas, fundaré rentas y compraré un jardin en los cigarales; mi mujer se pondrá don y yo señoría; casaré á mi hija con el mas rico pastelero de mi tierra; todos vendrán á darme el parabién, y yo les diré que lo he bien trabajado, sacándolo, no de las entrañas de la tierra, pero del corazon de la mar; no mojado de sudor, mas remojado como curadillo seco. En mi vida he estado tan contento como entonces, sin considerar que si abria la boca quedaria allí con mi tesoro sepultado hasta ciento y un año.

CAPITULO III.

Cómo Lázaro salió de la mar.

Viéndome tan cerca de morir, temía; y tan cercano de ser rico, me alegraba; la muerte me espantaba, y el tesoro me deleitaba para huir de aquella y gozar deste. Desnudéme los andrajos que mi amo primero me había dejado por el servicio que le había hecho; atéme la sogá al pié, y comencé á nadar (que aunque sabia poco, la necesidad me ponía alas en los piés y remos en las manos). Los pescados que alrededor estaban acudieron á picarme, haciéndome caminar con sus rempujones que me servían como de estribo: ellos picando y yo coceando llegamos hasta la superficie del agua, donde me sucedió una cosa que fué causa de toda mi desdicha. Los pescados y yo encontramos con unas redes que unos pescadores habían tendido, los que sintiendo la pesca enredada tiraron con tanta furia, y el agua me comenzó á entrar, no con menor, que sin poder resistir me comencé á ahogar, y lo hubiera hecho si los marineros con su prisa acostumbrada no sacaran la presa á los barcos. Doy al diablo el mal sabor; en todos los días de mi vida he bebido cosa peor; súpome á los meados del señor arcipreste, que un día mi mujer me hizo beber diciéndome ser vino de Ocaña.

Puestos en el barco los peces y yo á revuelta dellos, comenzaron á tirar de la cuerda, por la cual (como dicen) sacaron el ovillo. Halláronme atado á ella, y admirados decían: ¿qué pescado es este que tiene las facciones de hombre? ¿si es diablo ó fantasma? Giremos desta sogá, veremos qué trae asido al pié; tiraron con tanta fuerza que el barco se iba á lo hondo; conociendo el peligro la cortaron, y con ella las esperanzas á Lázaro de hacerse de los godos. Pusiéronme boca abajo para que echara el agua que había bebido; vieron que no estaba muerto (que no hubiera sido para mí lo peor); diéronme un poco de vino, con que como lámpara con aceite torné en mí. Hiciéronme mil preguntas, á ninguna respondí, hasta que me dieron de comer, y cobrando aliento, lo primero que les pregunté fué por la corma que traía atada al pié; dijéronme cómo la habían cortado por librarse del peligro en que se habían visto. Allí se perdió Troya, y Lázaro sus bien colocados deseos; allí comenzaron sus dolores, angustias y tormentos. No hay mayor dolor en el mundo que haberse visto rico y en los cuernos de la luna, y verse pobre y sujeto á necios. Todas mis quimeras se fundaban en el agua, y ella me las anegó todas. Conté á los pescadores lo que ellos y yo habíamos perdido en haberme cortado las pihuelas. Fué tan grande el enojo que recibieron, que uno dellos se quiso desesperar.

El mas cuerdo de todos dijo sería bueno me tornasen á la mar, y que me aguardasen allí hasta que saliese: siguieron todos el voto deste; y no obstante los inconvenientes que yo les representé estaban en sus trece, diciendo, que pues sabia el camino, me era fácil (como si fuera ir á la pastelería ó al bodegon); cególes tanto la codicia que me querían ya echar, si mi dicha ó desdicha no ordenase llegase donde estábamos un barco que venía á ayudarles á llevar la pesca; callaron, porque los otros no supiesen el tesoro que habían descubierto; fuéles forzoso por entonces dejar su mala intención; llegaron los barcos á la lengua del agua, echáronme entre los pescados para disimular, con intención de tornarme á buscar cuando pudiesen. Tomáronme entre dos, y llevaron á una cabañuela que cerca tenían. Uno que no sabía el misterio les preguntó qué era aquello; respondiéronle ser un monstruo que habían cogido con los atunes. Puesto en aquella pobre zahurda, les rogué me diesen algunos andrajos con que cubrir mi desnudez, y con que poder salir delante de los hombres: «eso será», dijeron ellos, des-

pués de haber hecho cuenta con la huésped;» no entendí entonces esta jerigonza. Estendióse la fama del monstruo por la comarca; venia mucha gente á la choza para verme; los pescadores no me querían mostrar diciendo aguardaban licencia del señor obispo é inquisidores para mostrarme, y que hasta entonces era escusado. Yo estaba atónito, sin saber qué decir ni hacer, no adivinando su intención; sucedióme lo que al cornudo que es el prostrero que lo sabe. Inventaron pues estos diablos una invención que el mismo Satanás no hubiera urdido otra semejante, que pide un nuevo capítulo y una nueva atención.

CAPITULO IV.

Cómo llevaron á Lázaro por España.

La ocasión hace al ladrón: los pescadores, echando de ver se les ofrecía tan buena, asiéronla de la melena, y aun de todo el cuerpo. Viendo que acudia tanta gente al nuevo pescado, determinaron desquitarse de la pérdida que habían hecho, cortándome la sogá del pié, y así enviaron á pedir licencia á los señores inquisidores para mostrar por toda España un pez que tenía cara de hombre; alcanzaronla con facilidad por medio de un presente que del mejor pescado que habían cogido hicieron á sus señorías. Cuando el buen Lázaro estaba dando gracias á Dios por haberle sacado del vientre de la ballena (que fué un milagro tanto mayor cuanto mi industria y saber era menor, nadando como una barra de plomo); tomáronme entre cuatro de aquellos, que parecían mas verdugos de los que crucificaron á Jesucristo, que hombres; atáronme las manos y pusiéronme una barba y casquete de musgo, sin olvidar los mostachos, que parecía salvaje de jardín. Envolvieronme los piés en espadañas; víme como trucha montañesa. Lloraba mi desdicha; gemía quejándome de mi hado ó fortuna; decía: «¿qué es esto, que tanto me persigues? En mi vida te ví, ni te conozco; pero si por los efectos se rastrea la causa, por lo que de ti he experimentado creo no hay sirena, basilisco, víbora, ni leona parida mas cruel que tú: subes á los hombres con halagos y caricias á la cumbre de tus deleites y riquezas, dejándoles de allí despeñar en el abismo de todas las miserias y calamidades, tanto mayores cuanto tus favores lo habían sido.»

Oyó mi soliloquio uno de aquellos borreros, y con voz carretil me dijo: «si el señor atun habla mas palabra, le pondrán en sal con sus compañeros, ó lo quemaremos como á monstruo: los señores inquisidores han mandado, prosiguió, lo llevemos por las villas y lugares de España, á enseñarlo á todos como portento y monstruo de natura.» Yo les juraba que no era atun, monstruo, ni otra cosicosa, mas que hombre, tanto como cualquiera hijo de vecino, y si había salido de la mar, era por haber caído en ella con los que se ahogaron en la armada de Arjel. Eran sorridos, y tanto peores cuanto menos querían entender. Viendo que mis ruegos eran tan perdidos como la leña con que lavan la cabeza al asno, tuve paciencia, aguardando á que el tiempo, que todo lo cura, curase mi mal, que procedía de aquellos malditos metamorfósos. Pusiéronme en una media cuba hecha al modo de un bergantín, que llena de agua, y yo sentado en ella, me llegaba hasta los labios; no me podía levantar en pié por tenerlos atados con una sogá, de la cual salía un cabo por entre los cellos de aquel pelambre, de suerte que si por malos de mis pecados piteaba, me hacían dar un camarujó como rana, y beber mas agua que hidrópico; cerraba la boca hasta que sentía que el que tiraba aflojaba; entonces sacaba la cabeza fuera como tortuga, y escarmentaba en la mia propia.

Puesto desta suerte me mostraban á todos, y eran tantos los que acudían á verme (pagando cada uno un cuartillo), que en un día ganaban doscientos reales. Crecía la codicia á medida de la ganancia, la cual les hizo dudar

de mi salud; para conservarla entraron en bureo, si sería bueno sacarme las noches del agua, por temer que la mucha humedad y frialdad no me acortase la vida, que ellos querían mas que á la propia (por el provecho que della se les seguía). Determinaron estuviere siempre en ella, creyendo que la costumbre se tornaría en naturaleza; de manera que el pobre Lázaro estaba como arroz ó como cáñamo en balsa. A la piadosa consideración del benigno lector dejo lo que en tal caso podía sentir, viéndome preso con tan extraño género de prisión. Cautivo en tierra de libertad y ahorrado por la malicia de aquellos codiciosos titiriteros, y lo peor y que mas sentía era serme necesario contrahacer el mudo sin serlo, ni aun podía abrir la boca; porque al punto que la abría, estaba tan alerta mi centinela, que sin que nadie lo pudiera ver, me la henchía de agua, temiendo no hablase. Mi comida era pan remojado, que los que venían allí echaban para verme comer; de manera que en seis meses que en aquel baño estuve, maldita otra cosa comí: perecia de hambre, mi bebida era agua de la cuba, que por no ser muy limpia, era mas sustanciosa, particularmente que con la frialdad me dieron unas camarillas, que me duraron lo que me duró aquel purgatorio aguado.

CAPITULO V.

Cómo llevaron á Lázaro á la corte.

Lleváronme aquellos sayones de ciudad en villa, y de villa en aldea, y de aldea en cortijo, mas alegres con la ganancia que pascua de flores. Burlábanse del pobre Lázaro, y cantaban diciendo: «viva, viva el pescado que nos da de comer sin trabajo.»

El ataud iba encima de un carro; acompañábanme tres: el carretero, el que tiraba de la cuerda cuando yo quería hablar, y el relator de mi vida; este hacia las arengas contando el extraño modo que habían tenido en pescarme, y mintiendo mas que sastre en víspera de pascua. Cuando caminábamos por despoplados me permitían hablar, que fué la mayor cortesía que dellos recibí: preguntábase quién diablos les había puesto en la cabeza me llevasen de aquella manera puesto en piscina. Respondíame que si no lo hacía así, moriría al punto, pues siendo como era pescado, no podía vivir fuera del agua. Viéndolos tan porfiados determiné de serlo, y así me lo persuadía, pues que todos me tenían por tal, creyendo que el agua de la mar me habría mudado, siendo la voz del pueblo, como dicen, la de Dios; y así, de allí adelante no hablaba mas que en misa.

Entráronme en la corte, donde la ganancia era grande por ser la gente della amiga de novedades, á quien siempre acompaña la ociosidad. Entre muchos que vinieron á verme fueron dos estudiantes, que considerando por menudo la fisonomía de mi rostro, dijeron á medio tono jurarían en una ara consagrada que yo no era pescado, sino hombre, y que si ellos fueran ministros de justicia sacaran la verdad en limpio, limpiándonos á todos las espaldas con una penca. Rogaba á Dios en mi alma que lo hiciesen, con tal que me sacasen de allí; quise ayudarles diciendo: los señores bachilleres tienen razon; mas apenas había abierto la boca, cuando mi centinela me la había metido en el agua; los gritos que dieron todos cuando me zambullí (ó me zambulleron) impidió que los buenos licenciados pasasen adelante en su discurso. Echábanme pan, y yo lo despachaba antes que se remojase mucho; no me daban la mitad de lo que comiera. Acordábase de la abundancia de Toledo y de mis amigos los alemanes, y de aquel buen vino que solía pregonar. Rogaba á Dios repitiéndose el milagro de la cena de Galilea, y que no permitiese que muriese á manos del agua, mi mayor enemigo.

Consideraba lo que aquellos estudiantes habían dicho, que por el ruido nadie lo entendió; confirméme en que era hombre, y por tal me tuve de allí adelante, aunque

mi mujer me había dicho muchas veces era una bestia, y los muchachos de Toledo me solían decir: señor Lázaro, encasquétese un poco el sombrero, que se le ven los cuernos: todo esto y el llevarme en remojo me había hecho dudar si era hombre perfecto ó no; mas desde que oí hablar á aquellos benditos zahoris del mundo, no dudé mas en ello, y así procuraba librarme de las manos de aquellos caldeos. Una noche, en el mayor silencio della, viendo que mis guardas dormían á pierna suelta, procuré soltarme, mas por estar las cuerdas mojadas me fué imposible; quise dar voces; pero consideré que no me serviría de nada, pues el primero que las oyese me taparía la boca con una azumbre de agua. Viendo cerrada la puerta á mi remedio, con gran impaciencia empecé á revolcarme en aquel cenagal, y tanto hice y forcejé, que la cuba se trastornó y yo con ella; derramóse toda el agua; viéndome libre, grité pidiendo favor; los pescadores desfavoridos, conociendo lo que yo había hecho, acudieron al remedio, que fué taparme la boca, hinchéndome la de yerba, y para confundir mis voces las daban ellos mayores, apellidando justicia, justicia; y diciendo y haciendo tornaron á henchir la cuba de un pozo que allí estaba, con una presteza increíble: el huésped salió con una albarda, y todos los de la posada, cuáles con asadores y cuáles con palos; acudieron los vecinos y un alguacil con seis corchetes, que por allí acertó á pasar; el mesonero preguntó á los marineros qué era aquello; respondieron ser ladrones que les querían hurtar su pez; él como un perdido gritaba: á los ladrones, á los ladrones; unos miraban si saldrían por la puerta, ó si saltarían de un tejado á otro; ya mis custodios me habían tornado á la tina.

Sucedió que el agua que della se había derramado cayó toda por un agujero á un aposento mas bajo, sobre una cama donde dormía la hija de casa, la cual movida de caridad había acogido en ella á un clérigo que para su contemporización había venido á aposentarse allí aquella noche. Espantáronse tanto del diluvio del agua que sobre su cama caía y de las voces que todos daban, que sin saber qué hacer se echaron por una ventana desnudos como Adán y Eva, pero sin hojas de higuera en sus vergüenzas. Hacía una luna muy clara, que su claridad podía competir con la del que se la daba; al punto que los vieron apellidaron: ladrones, tengan los ladrones: los corchetes y alguacil corrieron tras ellos, y á pocos pasos los alcanzaron, porque como iban descalzos las piedras no les dejaban huir; y sin ser oídos ni vistos los llevaron á la cárcel. Los pescadores salieron muy de mañana de Madrid á Toledo, sin saber lo que Dios había hecho de la simple doncellita y del devoto clérigo.

CAPITULO VI.

Cómo llevaron á Lázaro á Toledo.

La industria de los hombres es vana; su saber ignorancia, y su poder flaqueza, cuando Dios no le fortalece, enseña y guía. Mi trabajo sirvió solo de acrecentar el cuidado y solicitud de mis guardas, los cuales, enojados del asalto de la noche pasada, me dieron tantos palos por el camino, que me dejaron casi por muerto, diciendo: «maldito pescado, ¿queriais irros? ¿no conocéis el bien que os hacen en no mataros? Sois como la encina, que no dais el fruto sino á palos.» Molido, reprimido y muerto de hambre, me entraron en Toledo: aposentáronse junto á Zocodover en casa de una viuda, cuyos vinos solía yo pregonar. Pusiéronme en una sala baja, adonde acudia mucha gente.

Entre otros vino mi Elvira con mi hija de la mano: cuando la ví no pude detener dos hilos de lágrimas que reventaron de mis ojos. Lloraba y suspiraba, pero entre cuero y carne, porque no me privasen de lo que tanto amaba, y de la vista de lo que quisiera tener mil ojos para ver; aunque fuera mejor que los que me privaban de

la palabra lo hicieran de la potencia visiva; porque mirando atentamente á mi mujer, la ví, ¡no sé si lo diga!... vila la tripa á la boca: quedé espantado y atónito; aunque si tuviera juicio no tenía de qué, pues el arcipreste, mi señor, me había dicho, cuando salí de aquella ciudad para la guerra, haría con ella como si fuera suya propia. De lo que mas me pesaba era de no poder persuadirme estaba preñada de mí, pues había mas de un año que estaba ausente. Cuando moraba en ella y vivíamos en uno, y me decía: Lázaro, no creas te haga traición, porque si lo crees, haces muy mal; quedaba tan satisfecho, que huía de pensar mal della, como el diablo del agua bendita: pasaba la vida alegre, contento y sin celos, que es enfermedad de locos. Muchas veces he considerado entre mí, que esto de hijos consiste en la aprension; porque ¡cuántos hay que aman á los que piensan serlo suyos sin tener mas dellos que el nombre, y otros que, por alguna quimera que se les pone en el capricho, los aborrecen por imaginar que sus mujeres les han puesto la maderá tinteril en la cabeza! Comencé á contar los meses y días; hallé cerrado el camino de mi consolacion. Imaginé si mi buena consorte estaba hidrópica; duróme poco esta pia meditacion; porque al punto que de allí salió, comenzaron dos viejas á decirse una á otra: «¿qué os parece de la arcipreste? No le hace falta su marido. — ¿De quién está preñada? preguntó la otra. — ¿De quién? prosiguió la primera: del señor arcipreste; y es tan bueno que por no dar escándalo si pare en su casa sin tener marido, la casa el domingo con Pierres, el gabacho, que será tan paciente como mi compadre Lázaro.»

Este fué el toque y el *non plus ultra* de mi paciencia: comencéme á abrir el corazón sudando dentro del agua; y sin poder irme á la mano me caí desmayado en la pocilga; el agua se entraba á mas andar por todas las puertas sin resistencia alguna, dando muestras de estar muerto, harto contra mi voluntad, la cual fué de vivir todo lo que Dios quisiera y yo pudiese, á pesar de gallegos y de la adversa fortuna. Los pescadores afligidos hicieron salir fuera á todos, y con grande diligencia me sacaron la cabeza fuera del agua: halláronme sin pulso y sin aliento, y sin él se lamentaban, llorando la pérdida, que para ellos no era pequeña. Sacáronme fuera de la tina, procuraron hacerme vomitar lo que había bebido, mas fué en vano; porque la muerte había cerrado la puerta tras sí. Viéndose en blanco, y aun en albis, como domingo de cuasimodo, no sabían imaginar el remedio, ni aun dar un medio á su pena y fatiga; salió decretado por el concilio de tres, que la noche venida me llevasen al río y me echasen dentro con una piedra al cuello, para que me sirviese de sepulcro la que lo había hecho de verdugo.

CAPITULO VII.

De lo que le sucedió á Lázaro en el camino del río Tajo.

Ninguno desespere, por mas afligido que se vea; pues cuando menos se catará abrirá Dios las puertas y ventanas de su misericordia, y mostrará no serle nada imposible, y que sabe, puede y quiere mudar los designios de los malos en saludables y medicinales remedios para los que en él confían. Pareciéndoles á aquellos sayones de ramplon, que la muerte no se burlaba, siendo costumbre suya no hacerlo, me metieron en un costal, y atravesándome en un macho, como zaque de vino, ó por mejor decir, de agua, estando lleno della hasta la boca, se encaminaron por la cuesta del Cármen, con mas tristeza que si llevarán á enterrar al padre que los había engendrado y á la madre que los parió. Quiso mi buena suerte que cuando me pusieron sobre el mulo, fué de pechos y tripas; como iba boca abajo, comencé á echar agua por ella, como si hubieran levantado las compuertas de una represa ó esclusa.

Tomé en mi acuerdo, y cobrando aliento conocí estar

fuera del agua y de aquel desdichado pelambre. No sabía dónde estaba, ni adónde me llevaban; solo oí decir: importa para nuestra seguridad buscar un pozo muy hondo para que no lo encuentren tan presto. Por el hilo saqué el ovillo: imaginándome lo que era, y viendo que no podía ser mas negro el cuervo que las alas, oyendo ruido de gente cerca, di voces diciendo: «aquí de Dios, justicia, justicia.» Los del ruido eran la ronda, que acudieron á mis gritos con las espadas desnudas; reconocieron el costal y hallaron al pobre Lázaro hecho un abadejo remojado. En cuerpo y alma sin ser oídos ni vistos, nos llevaron á todos á la cárcel: los pescadores lloraban por verse presos, y yo reía por estar libre. Pusieronlos á ellos en un calabozo, y á mí en una cama. A la mañana siguiente nos tomaron nuestros dichos: ellos confesaron la traída y llevada por España, mas que lo habían hecho creyendo era pescado, habiendo para ello pedido licencia á los señores inquisidores. Yo dije la verdad de todo, y cómo aquellos bellacos me tenían atraillado y puesto de manera que no podía pipear.

Hicieron venir al arcipreste y á mi buena Elvira para probar si era verdad que yo fuese el Lázaro de Tormes que decía: dijo ser verdad que parecía en algo á su buen marido; mas que creía no era él; porque aunque había sido un gran bestia, antes sería mosquito que pez, y buey que pescado: diciendo esto, y haciendo una grande reverencia, se salió. El procurador de mis verdugos requirió que me quemasen, porque sin duda era monstruo, y que él se obligaba á probarlo. «¡Eso sería el diablo, decía yo entre mí, si hay algun encantador que me persigue, transformándome en lo que le da gusto!» Los jueces le mandaron callar. Entró el señor arcipreste, que viéndome tan descolorido y arrugado como tripa de vieja, dijo no me conocía en la cara, ni talle. Trújele á la memoria algunas cosas pasadas y muchas secretas, que entre nosotros habían pasado: particularmente le dije se acordase de la noche que vino desnudo á mi cama, diciendo tenía miedo de un duende que había en su aposento, y se había acostado entre mi mujer y mí. El, porque no pasase adelante con las señas, confesó ser verdad, que yo era Lázaro, su buen amigo y criado. Concluyóse el proceso con el testimonio del señor capitán que me sacó de Toledo, y fué de los que se escaparon de la tormenta en el esquife, confesando ser yo en persona Lázaro su criado. Conformóse con esto la relacion del tiempo y lugar en que los pescadores dijeron haberme pescado. Sentenciáronlos á cada uno á doscientos azotes, y su hacienda confiscada, una parte para el rey, otra para los presos, y la tercera para Lázaro. Halláronles dos mil reales, dos mulas y un carro; de que pagadas las costas y gastos, me cupieron veinte ducados. Quedaron los marineros pelados y aun desollados, y yo rico y contento, porque en mi vida me había visto señor de tanto dinero junto.

Fuíme á casa de un amigo, donde después de haber envasado algunas cántaras de vino para quitar el mal gusto del agua, y puesto á lo de Dios es Cristo, comencé á pasearme como un conde, comiendo como cuerpo de rey, honrado de mis amigos, temido de mis enemigos, y acariciado de todos. Los males pasados me parecían sueño; el bien presente, puerto de descanso, y las esperanzas futuras, paraíso de deleites. Los trabajos humillan, y la prosperidad ensorberce. El tiempo que los veinte escudos duraron, si el rey me hubiera llamado primo, lo tuviera por afrenta. Cuando los españoles alcanzamos un real, somos principes, y aunque nos falte, nos lo hace creer la presuncion. Si preguntais á un mal trapillo quiénes; responderos ha por lo menos, que desciende de los godos, y que su corta suerte lo tiene arrinconado, siendo propio del mundo loco levantar á los bajos y bajar á los altos; pero que aunque así sea, no dará á torcer su brazo, ni se estimará en menos que el maspreciado, y morirá

CAPITULO VIII.

Cómo Lázaro pleiteó contra su mujer.

antes de hambre, que ponerse á un oficio; y si se ponen á aprender alguno, es con tal desaire que, ó no trabajan, ó si lo hacen, es tan mal, que apenas se ballará un buen oficial en toda España. Acuérdomé, que en Salamanca había un remendon que cuando le llevaban algo que remendar, hacía un soliloquio quejándose de su fortuna, que le ponía en términos de trabajar en un tan bajo oficio, siendo descendiente de tal casa y de tales padres, que por su valor eran conocidos en España. Pregunté un día á un vecino suyo, quiénes habían sido los padres de aquel fanfarron: dijéronme que su padre había sido pisador de uvas, y en invierno mata-puercos, y su madre lava-vientres: quiero decir, criada de mondonguera.

Había yo comprado un vestido de terciopelo raído, y una capa traída de raja de Segovia; llevaba una espada, con cuya contera desempedra las calles. No quise ir á ver á mi mujer, cuando salí de la cárcel, por hacerle desear mi visita, y para vengarme del desprecio que había hecho de mí, en ella: creí sin duda que, viéndome tan bien vestido, se arrepentiría y recibiría con los brazos abiertos; mas tijeretas eran y tijeretas fueron. Halléla parida y recién casada; cuando me vió dijo gritando: «quítame de delante á ese pescado mal remojado, cara de anaranjado; que si no, por el siglo de mi padre, me levante y le saque los ojos.» Yo con mucha flemma la respondí: «poco á poco, señora atiza-candiles, que si no me conocé por marido, ni yo por mujer, déme á mi hija, y tan amigos como antes: hacienda he ganado, proseguí, para casarla muy honradamente.» Parecíame que aquellos veinte ducados habían de ser como las cinco blancas de Juan espera en Dios, que en gastándolas hallaba otras cinco en su bolsa; mas á mí, como era Lazarrillo del diablo, no me sucedió así, como se verá en el siguiente capítulo. El señor arcipreste se opuso á mi demanda, diciendo que no era mía, y para prueba dello me mostró el libro del bautismo, que confrontado con los capítulos matrimoniales, se veía que la niña había nacido cuatro meses después que yo había conocido á mi mujer. Café de mi asno, en que hasta entonces había estado á caballo, creyendo ser mi hija la que no lo era.

Volví las espaldas tan consolado como si jamás las hubiera conocido. Fui á buscar á mis amigos, contéles el caso, consoláronme, que fué menester poco para ello. No quise tornar al oficio de pregonero, porque aquel terciopelo me había sacado de mis casillas. Yéndome á pasear acia la puerta de Visagra, en la de San Juan de los Reyes encontré á una antigua conocida, que después de haberme saludado me dijo cómo mi mujer estaba mas blanda después que había sabido tenía dineros, particularmente porque el gabacho la había parado como nueva. Roguéla me contase el caso; ella lo hizo diciendo: que el señor arcipreste y mi mujer se habían puesto un día á consultar si sería bueno tornarme á recibir á mí y echar al gabacho, poniendo razones en pró y en contra; la consulta no fué tan secreta, que el nuevo velado no la entendiese, el cual disimulando, á la mañana se fué á trabajar al olivar, adonde su mujer y la mía fué á mediodía á llevarle la comida. El la ató al pié de un árbol, habiéndola primero desnudado, donde le dió mas de cien azotes; y no contento con esto, hizo un lio de todos sus vestidos, y quitándole las sortijas se fué con todo, dejándola atada, desnuda y lastimada, donde sin duda muriera, si el arcipreste no hubiera enviado á buscarla. Prosiguió diciendo, creía sin falta, que si yo echaba rogadores me recibirían como antes, porque ella la había oído decir: «desdichada de mí, ¿por qué no admití á mi buen Lázaro, que era bueno como el buen pan, nada melindroso, ni escrupuloso, el cual me dejaba hacer lo que quería?» Este fué un toque que me trastornó de arriba abajo, y estuve por tomar el consejo de la buena vieja, pero quise comunicarlo primero con mis amigos.

Somos los hombres de casta de gallinas ponederas, que si queremos hacer algun bien, lo gritamos y cacareamos; pero si mal, no queremos que nadie lo sepa, para que no nos disuadan lo que sería bueno estorbasesen. Fui á ver á uno de mis amigos, y hallé tres juntos, porque después que tenía dineros, se habían multiplicado como moscas con la fruta: díjeles mi deseo, que era tornarme con mi mujer, y quitarme de malas lenguas, siendo mejor el mal conocido, que el bien por conocer. Afeáronme el caso, diciendo era un hombre que no tenía sangre en el ojo, ni sesos en la cabeza, pues quería juntarme con una ramera, pillrafa, escalentada, mata-candiles, y finalmente, mula del diablo, que así llaman en Toledo á las mancebas de los clérigos. Tales cosas me dijeron y tanto me persuadieron, que determiné de no rogar ni convidar. Echando de ver mis buenos amigos (¡del diablo lo fueran ellos!) que su consejo y persuasiones eran eficaces, pasaron adelante diciendo, me aconsejaban como quien tan íntimo lo era suyo, sacase las manchas y quitase el borron de mi honra tornando por ella, pues iba tan de capa caída, dando una querrela contra el arcipreste y contra mi mujer, pues todo no me costaría blanca ni cornado, siendo ellos como eran ministros de justicia. El uno, que era un procurador de causas perdidas, me ofrecía cien ducados por mi provecho; el otro, como mas entendido por ser un letrado de cantoneras, me decía que si él estuviera en mi pellejo, no daría mi ganancia por doscientos; el tercero me aseguraba (que como corchete que era lo sabía muy bien) haber visto otros pleitos menos claros, mas dudosos, que habían valido á los que los habían emprendido una ganancia sin cuento, cuanto mas que creía que á los primeros encuentros del domine Bacalaris, me hinchiría á mí las manos, y se las untaría á ellos, porque desistiésemos de la querrela, rogándome que tornase con mi mujer, resultándome de ello mas honra y provecho, que no si yo lo hacía.

Encarecieron la cura arregostándome con buenas esperanzas; cogiéronme del pié á la mano, sin saber qué responder á sus argumentos sofisticos, aunque bien se me alcanzaba ser mejor perdonar y humillarse, que no llevar las cosas á punta de lanza, cumpliendo el mandamiento de Dios mas dificultoso, que es el amor á los enemigos, y mas que mi mujer no me había hecho obras dello; al contrario, por ella había comenzado á alzar cabeza y á ser conocido de muchos, que con el dedo me señalaban diciendo: veis aquí al pacífico Lázaro; por ella comencé á tener oficio y beneficio. Si la hija que el arcipreste decía no ser mía, era ó no, Dios escudriñador de los corazones lo sabe, y podría ser que así como yo me engañé, él pudiera engañarse también, como puede suceder que alguno de los que leyendo mis simplicidades, riendo se hinche la boca de agua, y las barbas de babas, sustente á los hijos de algun reverendo; trabaje, sude y afane por dejar ricos á los que empobrecen su honra, creyendo por cierto, que si hay mujer honrada en el mundo es la suya; y aun podría ser que el apellido que tienes, amigo lector, de Cabeza de Vaca, lo hubieses tomado de la de un toro. Mas dejando á cada uno con su buena opinion, todas estas buenas consideraciones no bastaron; y así di una querrela contra el arcipreste y contra mi mujer. Como había dinero fresco, en veinte y cuatro horas pusieron en la cárcel, á él en la del arzobispo, y á ella en la pública. Los letrados me decían no reparase en los dineros que me podía costar aquel negocio, pues todo había de salir de las costillas del domine; y así por hacerle mas mal, y que fuesen mayores las costas, daba cuanto me pedían. Andaban listos, solícitos y bulliciosos; sentían el dinero como las moscas la miel; no daban paso en vano. En menos de ocho días el pleito estuvo muy adelante, y mi bolsa muy

atrás. Las probanzas se hicieron con facilidad, porque los alguaciles que los habían preso, los hallaron en fragante delito, y los llevaron á la cárcel en camisa como estaban; los testigos eran muchos, y sus dichos verdaderos. Los buenos del procurador, letrados y escribanos, que conocieron la flaqueza de mi bolsa, comenzaron á desmayar; de suerte, que para hacerles dar un paso era menester meterles mas espuela que á mula de alquiler. La remision fué tan grande, que conocida por el arcipreste y los suyos, comenzaron á gallear, untándoles las manos y los piés; parecían pesas de reloj, que subían á medida que los míos bajaban. Diéronse tal maña, que en quince dias salieron de la cárcel bajo fiado, y en menos de ocho, con testigos falsos, condenaron al pobre Lázaro á pedirperdon, en costas y destierro perpetuo de Toledo.

Pedí perdon, como era justo lo hiciese quien con veinte escudos se habia puesto á pleitear con quien los contaba á espuestas. Di hasta mi camisa para ayuda de pagar las costas, saliendo en porreta á cumplir mi destierro; víme en un instante rico, pleiteando contra una dignidad de la santa iglesia de Toledo, empresa solo para un príncipe; respetado de mis amigos, y puesto en predicamento de hombre honrado que no sufría moscas en la madadura; y en el mismo me hallé echado, no del paraíso terrenal, cubiertas mis vergüenzas con hojas de higuera, mas del lugar que mas amaba y de donde tantos regalos y placeres habia recibido, cubierta mi desnudez con andrajos que en unos muladares habia hallado. Acogíme al consuelo comun de todos los afligidos, creyendo que pues estaba en lo mas bajo de la rueda de la fortuna, necesariamente habia de volver á subir. Acuérdomé ahora de lo que oí decir una vez á mi amo el ciego, que cuando se ponía á predicar era un águila: que todos los hombres del mundo subían y bajaban por la rueda de la fortuna, unos siguiendo su movimiento, y otros al contrario, habiendo entre ellos esta diferencia: que los que iban segun el movimiento con la facilidad que subían, con la misma bajaban, y los que al contrario, si una vez subían á la cumbre, aunque con trabajo, se conservaban en ella mas tiempo que los otros. Segun esto, yo caminaba á pelo y con tanta velocidad, que apenas estaba en lo alto, cuando me hallaba en el abismo de todas las miserias. Víme hecho pícaro de mas de marca, habiendo sido hasta entonces recoleto; pude muy bien decir: desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano.

Encaminéme acia Madrid pidiendo limosna, que lo sabia muy bien hacer: molinero solia ser, volvíme á mi menester. Contaba á todos mis cuitas, unos se dolían y otros se reían de mí, y algunos me daban limosna; con ella, como no tenia hijos ni mujer que sustentar, me sobraba la comida y aun la bebida. Aquel año habían cogido tanto vino, que á las mas puertas que llegaba me decían si queria beber, porque no tenían pan que darne; jamás lo rehusé, y así me sucedió algunas veces en ayunas haber envasado cuatro azumbres de vino, con que estaba mas alegre que moza en víspera de fiesta. Si he de decir lo que siento, la vida picaresca es vida, que las otras no merecen este nombre; si los ricos la gustasen, dejarían por ella sus haciendas, como hacían los antiguos filósofos, que por alcanzarla dejaban lo que poseían; digo por alcanzarla, porque la vida filósofa y pícaral es una misma; solo se diferencian en que los filósofos dejaban lo que poseían por su amor, y los pícaros, sin dejar nada, la hallan. Aquellos despreciaban sus haciendas, para contemplar con menos impedimento en las cosas naturales, divinas y movimientos celestes: estos para correr á rienda suelta por el campo de sus apetitos; ellos las echaban en la mar; y estos en sus estómagos; los unos las menospreciaban como caducas y perecederas; los otros no las estimaban, por traer consigo cuidado y trabajo, cosa que desdice de su profesion; de manera que la vida picaresca

es mas descansada que la de los reyes, emperadores y papas. Por ella quise caminar como por camino mas libre, menos peligroso y nada triste.

CAPITULO IX.

Cómo Lázaro se hizo gana-pan.

No hay oficio, ciencia ni arte, que si se ha de saber con perfeccion no sea necesario emplear la capacidad del mas agudo entendimiento del mundo: á un zapatero que haya ejercitado treinta años su oficio, decidle que os haga unos zapatos anchos de puntas, altos de empeine y cerrados de lazo: ¿harálos? Primero que os haga un par como le pedís, os perderá los piés. Preguntad á un filósofo, por qué las moscas cagan en lo blanco negro, y en lo negro blanco: pararse ha tan colorado, como moza á quien se lo vieron afeitar á la candela, y no sabrá qué responder; y si á esto responde, no lo hará á otras mil niñerías.

Encontré junto á Hlescas un archipicaro: conocilo por la punta, me llegué á él como á un oráculo, para preguntarle el cómo me habia de gobernar en la nueva vida sin perjuicio de barras; respondiome, que si queria salir limpio de polvo y paja, juntase á la ociosidad de María el trabajo de Marta; á saber: que con ser pícaro añadiese serlo de cocina, del mandil, del rastro, ó de la soguilla, que era como poner una salvaguardia á la picardia. Díjome mas: que por no haberlo hecho así, al cabo de veinte años que ejercitaba su oficio, el dia anterior le habían dado doscientos por holgazán; agradecile el aviso, y tomé su consejo.

Cuando llegué á Madrid compré una soguilla, con que me puse en medio de la plaza, mas contento que gato con tripas. Dios y enhorabuena, el primero que me engüeró fué una doncella (él me perdona si miento) de hasta diez y ocho años, mas relamida que monja novicia; díjome la siguiése; llevóme por tantas calles que pensé lo habia tomado á destajo, ó que se burlaba de mí; á cabo de rato llegamos á una casa, que en el postiguello, patio y mujercillas que allí bailaban, conocí ser del partido; entramos en su celda, donde me dijo si queria me pagase de mi trabajo antes que de allí saliese; respondi, bastaba cuando llegásemos adonde llevaba el lio; cargué con todo, y encaminándose á la puerta de Guadalajara, allí me dijo se habia de poner en un carro para ir á la feria de Nájera. La carga era lijera, por ser lo mas della salserillas, redomas de aceites y aguas; en el camino supe usaba de aquel oficio. «El primero que me dió canilla, dijo ella, fué el padre rector de Sevilla, de donde soy natural, el qual lo hizo con tanta gracia, que desde aquel dia le soy muy devota, encomendóme á una beata con quien estuve bien proveída de lo necesario mas de seis meses; de allí me sacó un capitán, llevándome de ceca en meca, y de zoca en colodra hasta donde me veis; ¡y plugiera á Dios jamás hubiera salido de la proteccion de aquel buen padre, que me trataba como á hija y me amaba como si fuera su hermana! Al fin me ha sido necesario trabajar para ganar mi vida. En estas llegamos al carro, que estaba para partir, puse en él lo que llevaba, pidiéndole me pagase mi trabajo. La descosida dijo, que de muy buena gana, y levantando el brazo me dió tan gran bofetada, que me echó en el suelo, diciendo: «¿es tan bozal que pide dineros á las de mi oficio? No le dije antes que partiésemos de la casa llana, se pagase en mí si queria?» Saltó en el carro como un caballo; y picó dejándome picado; quedé mas corrido que mona, sin saber lo que me habia sucedido, considerando que si el fin de aquel oficio era tal como el principio, medraria bien al cabo del año.

No me habia apartado de allí, cuando llegó otro carro, que venia de Alcalá de Henares. Saltaron en tierra los que venían dentro, que todos eran putas, estudiantes y frailes. Uno de la orden de San Francisco me dijo si le queria hacer caridad de llevarle su hato hasta su convento:

díjeme con alegría que si, porque bien eché de ver que no me engañaria como habia hecho la berrionda. Carguémele, y era tan pesado, que apenas lo podia llevar; mas con la esperanza de la buena paga me esforcé. Llegué al monasterio muy cansado, porque estaba lejos; tomé el fraile su lio, y diciendo, sea por el amor de Dios, cerró tras sí la puerta; aguardé allí hasta que saliese á pagarme; mas viendo que tardaba, llamé á la portería. Salió el portero preguntándome lo que queria; díjele me pagase el porte del hato que habia traído; respondiome fuese con Dios, que ellos no pagaban nada, y cerró la puerta diciendo no llamase mas, porque era hora de silencio, y que si lo habia me daria cien cordonazos; quedéme helado. Un pobre de los que estaban en la portería me dijo: «hermano, bien se puede ir, que estos padres no tocan dineros, porque viven de mogollon. — Ellos, repliqué, pueden vivir de lo que quisieren, que mi trabajo me pagarán, ó yo no seré quien soy.» Torné á llamar con gran cólera; salió el lego motilon con mayor, y sin decir qué haces ahí, me dió un empujón, que me echó en el suelo como si fuera pera madura, y poniéndose de rodillas sobre mí, me dió media docena de rodillazos y otros tantos cordonazos, con que me dejó magullado, como si hubiera caído sobre mí la torre del reloj de Zaragoza. Quedéme allí tendido mas de media hora sin poderme levantar; consideraba mi mala dicha, y las fuerzas de aquel irregular tan mal empleadas, que mejor estuviera sirviendo al rey nuestro señor, que no comiendo las limosnas de los pobres; aunque ni para aquello son buenos, porque son carnes holgazanas. El emperador Carlos V mostró bien esto, cuando el general de los franciscanos le ofreció veinte y dos mil frailes para la guerra; que no pasasen de cuarenta años, y que llegasen á los veinte y dos; el invicto emperador respondió que no los queria, porque habria menester veinte y dos mil ollas todos los dias para sustentarlos: dando á entender ser mas hábiles para comer que para trabajar. ¡Dios me lo perdone! que desde aquel dia aborrecí tanto á estos religiosos legos, que me parecia cuando los veía ver un zángano de colmena, ó una esponja de la grasa de la olla. Quise pues dejar aquel oficio, mas aguardé pasasen las veinte y cuatro horas.

CAPITULO X.

De lo que le sucedió á Lázaro con una vieja alcabueta.

Desmayado y muerto de hambre me fui poco á poco la calle adelante, y pasando por la plaza de la Cebada encontré una vieja rezadora con mas colmillos que un jabali. Llegóse á mí diciendo, que si queria llevarle un cofre á casa de una amiga suya que estaba cerca de allí, me daria cuatro cuartos. Cuando lo oí di gracias á Dios, que de una boca tan hedionda como la suya salía una tan dulce palabra como era que me daria cuatro cuartos: díjele que si, de muy buena gana, aunque mas buena era la de empuñar aquellos cuatro cuartos, que no de llevar carga, pues mas estaba para ser llevado que para llevar. Cargué el cofre con gran dificultad, porque era grande y pesado: díjome la buena vieja lo llevase con tiento, porque habia dentro unas redomas de aguas que las estimaba en mucho. Respondíle no tuviese miedo, que yo iria poco á poco, porque aunque quisiera no pudiera hacer otra cosa, por estar tan hambriento que apenas podía menearme. Llegamos á la casa donde llevábamos el arcon; recibíronle con grande alegría, particularmente una doncellita cariampollar y repolluda (que tales sean las musarañas de mi cama, después de bien harto), la cual con rostro alegre dijo queria guardar el cofre en su retrete. Llévelo á él; la vieja le dió la llave diciéndole, lo guardase hasta que volviése de Segovia, adonde iba á visitar una parienta suya, y de donde pensaba volver dentro de cuatro dias. Abrazóla despidiéndose della; díjole dos palabras al oido, de que quedó tan colorada la doncella, que parecia una rosa; y aunque me pareció bien, mejor me hubiera parecido si estuviera

harto. Despidióse de todos los de aquella casa, pidiendo perdon al padre y á la madre de la niña del atrevimiento; ellos le ofrecieron su casa para servirse della; dióme cuatro cuartos, diciéndome á la oreja, que á la mañana siguiente volviése á su casa y me haría ganar otros tantos.

Fuíme mas alegre que una pascua, y que dia de San Juan: cené con los tres, guardando uno para pagar la cama. Consideraba la virtud del dinero, que al punto que aquella vieja me dió aquellos pocos cuartos, me hallé mas ligero que el viento, mas esforzado que Roldán y mas fuerte que Hércules. ¡Oh dinero, que no sin razon la mayor parte de los hombres te tienen por Dios! Tú eres la causa de todos los bienes, y el que acarreas todos los males. Tú eres el inventor de todas las artes, y el que las conservas en su perfeccion: por tí las ciencias son estimadas y las opiniones defendidas, las ciudades fortalecidas, y sus fuertes torres allanadas, los reinos restablecidos y al mismo tiempo perdidos. Tú conservas la virtud, y tú mismo la pierdes; por tí las doncellas castas se conservan, y las que lo son dejan de serlo: finalmente, no hay dificultad en el mundo que para tí lo sea, ni lo mas escondido que no penetres, cuesta que no allanes, ni collado humilde que no ensalces.

Venida la mañana fuí á casa de la vieja, como me lo habia mandado; díjome volviése con ella á traer el cofre que habia llevado el dia antes. Díje á los señores de la casa que volvia por él, porque en el camino de Segovia, á media legua de Madrid, habia encontrado á su parienta que venia con la misma intencion que ella, de verla; y que lo habia de menester luego, á causa de la ropa limpia que en él habia para aposentarla. La niña de la rollona la volvió la llave besándola y abrazándola con mas alinco que la primera vez; y volviéndose á hablar al oido, me ayudaron á cargar mi cofre, que me pareció mas ligero que el dia antes, porque mi vientre estaba mas lleno. Bajando por la escalera encontré con un estorbo, que el diablo sin duda habia puesto allí; tropecé, y rodando con él bajé hasta el recibimiento, donde estaban los padres de la inocente niña. Rompíme las narices y las costillas. Con los golpes que el diablo del arca dió, se abrió y apareció dentro un galán mancebo, con su espada y daga. Estaba vestido de camino; no tenia herruelo; las calzas y ropilla eran de raso verde, con plumaje del mismo color; ligas encarnadas con medias de nácar, zapato blanco y alpargatado. Púsose en pié con buen donaire, y haciendo una grande cortesía y reverencia, se salió por la puerta afuera.

Quedaron atónitos de la repentina vision, y mirándose el uno al otro parecían matachines. Habiendo vuelto de su éstasis, llamaron á gran prisa á dos hijos que tenían, y contándoles el caso con grande alboroto tomaron sus espadas diciendo: «muera, muera,» salieron á buscar al pisaverde; mas como iba de prisa no le pudieron alcanzar. Los padres, que quedaron en casa, cerraron la puerta y acudieron á vengarse de la alcabueta; mas esta, que habia oido el ruido y sabido la causa, se salió por una puerta falsa siguiéndola siempre la novia. Halláronse burlados y atajados, y bajaron á dar en mí, que estaba derrengado sin poderme mover; que si no fuera por esto hubiera seguido las pisadas del que me causó tanto mal. Llegaron los hermanos sudando y jadeando, jurando y votando que, pues no habían alcanzado al infame, habían de matar á su hermana y á la tercera; mas cuando les dijeron que se habían ido por la puerta trasera, allí fué el blasfemar, jurar y renegar. El uno decia: «que no encontrara yo ahora aquí al mismo diablo con una caterva infernal, para hacer en ellos tanto estrago como si fueran moscas! Venid, venid, diablos; mas ¿para qué os llamo? pues cierto que adonde estais temeis mi cólera, y no osareis poneros delante. ¡Si yo hubiera visto aquel cobarde, con solo soplar, lo hubiera aventado adonde jamás se hubieran oido nuevas del!»